

consoladora y augusta del cristianismo, cándida, con fe, no parecía á ninguna obra, porque aun en la de La-Martine hay una que otra sombra de duda, hay ese grito reprimido de incertidumbre sobre el porvenir. Pesado y Carpio creen y adoran, y este es un rasgo distintivo de sus felices inspiraciones.

El Sr. Pesado no solo como poeta eminente ha protegido la literatura de su país. Como particular, ha sido el amigo dulce y generoso de la juventud, le ha abierto su casa, ha instruído á muchos con sus lecciones, se ha mezclado con ellos, y ha descendido sin esfuerzo de su peana de poeta para escuchar humilde sus réplicas, tal vez demasiado audaces é impertinentes. El Sr. Olaguibel también debe citarse como noble Mecenas de la juventud estudiosa.

Volvamos á nuestro propósito. En ese mismo periódico, *La Opinión*, un hombre, ornamento de la patria, padre de la juventud, lustre y orgullo de la literatura, D. Andres Quintana Roo, publicaba algunas poesías de Martínez de la Rosa, que llamaron la atención de los amantes de las bellas letras, y les señalaron un rumbo seguro para lograr el mejor éxito en sus tareas.

El mismo sábio, con motivo de una duda sobre los *sáficos-adónicos*, en el Correo de la federación, sostuvo un victorioso debate con el padre Ochoa sobre prosodia, y al darnos á conocer á Sicilia, combatió y ratificó los errores en que todos habían incurrido sobre este punto esencialísimo. Tagle, Heredia, Carpio, Pesado, todos habían descuidado esta materia, y sus obras anteriores á esa época, están plagadas de crasos defectos; parece que no había idea siquiera de lo que era ó dejaba de ser dip-tongo, de la cantidad de las sílabas, de nada: al Sr. Quintana somos deudores de tamaño bien.

La llegada á México de la Poética de Martínez de la Rosa, produjo una verdadera revolución en el buen gusto: el nombre de este ilustre literato español, será siempre de tierno recuerdo entre nosotros.

Existió un código, se uniformaron las opiniones; desaparecieron hasta los últimos restos del gongorismo, y se comenzó á vislumbrar una nueva existencia para las musas mexicanas.

Pero lo que positivamente marca una época característica en nuestra literatura, y se puede considerar realmente como la base de su futura nacionalidad, es el establecimiento de la Academia de San Juan de Letran, en Junio de 1836. (1)

(1). Nos han asegurado que en Puebla existió también una Academia de la que eran miembros los Sres. Ortega, Carpio, Castillero y otros; y que aun daban un periódico manuscrito; yo carezco de noticias ciertas sobre el particular.

Cuatro individuos, sin mas auxilio que el de Dios, sin otro estímulo que procurar esa nueva era de una literatura del país, propiamente dicha, se reunieron, y bajo el modesto carácter de una tertulia de amigos establecieron una cátedra práctica de retórica independiente de la política, sincera y franca, llena de vida y generoso desprendimiento.

Se estableció el mútuo exámen de las obras que todos presentaron; la discusión mas ingeniosa esparcía su luz sobre los puntos dudosos, y ya las composiciones publicadas en el Año nuevo de 1837, señalan un punto desde el que se pueden juzgar con certeza nuestros adelantos.

Los fundadores de esa Academia fueron los Sres. D. Juan, y D. José María Lacunza, D. Manuel Tossiat Ferrer, y D. Guillermo Prieto. En ella resonó la lira del malogrado é ilustre poeta Ignacio Rodríguez: en ella comenzó la verdadera gloria de Calderón; en ella se han oído despues los Cantos de Collado, y las tiernas armonías de Alcaraz, Navarro, Lafragua, Esteva, Arango, Franco y otros jóvenes, que han tomado un distinguido asiento entre los poetas mexicanos.

Esta Academia tuvo un tiempo de decadencia; su restauración es debida al celo del aventajado literato D. Joaquín Navarro, y hoy cuenta en su seno á cuanto tiene de mas distinguido la literatura mexicana.

Señalar el porvenir de ésta, las vicisitudes que desde 1837 ha sufrido, segun la influencia de las obras extranjeras, de la lucha de clásicos y románticos; en fin, indicar los peligros á que está espuesta, y el antidoto de esos males; por último, designar las fuentes vírgenes de las que se puede sacar una literatura nacional, es obra digna de mejor pluma y yo, abandonando esa tarea superiorísima á mis fuerzas, me reduzo á recomendar tan digno objeto, á esos hombres capaces, que siempre han mostrado tan vivo y paternal cariño á la juventud estudiosa.

Mi juicio sobre los escritores de hoy ni sería imparcial ni es de mi objeto; básteme decir, que el Sr. Cumplido coronará la tarea generosa y esforzada de esa juventud, tan digna de amor y de gratitud nacional, consignando en su *Parnaso* las obras de nuestros poetas, trabajo digno de su patriotismo y que lo confirmará mas y mas en el aprecio que le profesan los buenos mexicanos.

En otro artículo, que será como continuación del presente, publicaremos el juicio crítico de las poesías del Sr. Calderón, haciendo lo mismo con las de D. Ignacio Rodríguez, que nos aseguran deben seguir en la coleccion ofrecida. —G. P.

## HISTORIA MODERNA.—FRANCIA.

### XXXII. DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacunza, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

La Francia, que estaba ya cansada de revolución, recibió sin conmoción la disolución del consejo de los 500, y cada partido fijó sus esperanzas sobre el general. Sienes había trabajado una constitución, máquina complicada para conservar la igualdad y la libertad; pero que por lo mismo no agradó á Bonaparte. Este escogió en ella todo lo que podia ser útil, lo que tendía á la unidad y á la ruina de las pasiones populares, y el 24 de Diciembre de 1799 fué proclamada y aceptada la constitucion del año de 8. El poder ejecutivo se confiaba al primer cónsul, que tenia por adjuntos otros dos; pero con voto consultivo solamente: habia un senado, un tribunaudo y un cuerpo legislativo. Los derechos del pueblo se limitaron á presentar una lista de candidatos nacionales, entre los que un senado de ochenta miembros, nombrados primitivamente por los cónsules, debía escoger los cien miembros del tribunaudo y los trescientos de la asamblea legislativa: la iniciativa de las leyes quedó reservada al gobierno.

Bonaparte fué primer cónsul, mas solo diez años, y llamó al gobierno hombres de todos los partidos, pues la amalgamacion de estos, como se ha llamado despues, era una de sus ideas favoritas. "Formamos, decia, una época nueva, y es necesario en lo pasado acordarnos solamente del bien y olvidar el mal." Estaba en verdad hecha la contra-revolucion, y desde entonces Napoleon era el hombre de la Francia y su historia: era la de su patria y de la Europa entera.

El Vendée fué pacificado, y una amnistía general restituyó la tranquilidad á esta provincia. El primer cónsul negoció con la Inglaterra; pero sin fruto, y la guerra continuó. Los ejércitos franceses entraron en el mismo tiempo en Holanda, en Saboya y en Suiza; y Bonaparte, habiendo hecho pasar sus tropas por las inaccesibles cumbres del monte S. Bernardo, se presentó en Italia, donde Massena ocupaba al mariscal austriaco Melas: las fuerzas francesas eran muy inferiores á las alemanas; y sin embargo, el triunfo fué constantemente de las primeras,

terminando por la célebre batalla de Marengo, en que Bonaparte derrotó del todo á los austriacos. Las consecuencias de la victoria fueron decisivas: la pérdida de Italia para la Alemania. La campaña de Moreau en Alemania, aunque no tan rápida, era igualmente brillante: triunfando repentinamente, llegó hasta las puertas de Viena, y obtuvo el tratado de Luneville entre la Francia, la Austria y el imperio. El gabinete de Viena ratificó las capitulaciones de Campo Formio, y ademas hizo otras cesiones y reconoció la independencia de las repúblicas que las armas francesas habían creado en Holanda, Suiza é Italia.

En el interior, despues de la pacificación del Vendée, no quedaban al primer cónsul que reprimir sino algunas conspiraciones aisladas, mas bien contra su persona, que contra el gobierno: las mas memorables fueron dos: una en que se trató de darle de puñaladas en su palco en la ópera, y otra en que se disparó á su carroza una especie de máquina infernal: su buena fortuna le libró de ambas, y no tuvieron otro efecto que procurar un pronto castigo á los que fueron ó se creyeron ser sus autores. El ejército francés que habia quedado en Egipto, tuvo algunos triunfos y muchos reveses: Kleber, su general, fué asesinado, y su sucesor, que no lo igualaba en capacidad, se vió precisado á encerrarse en Alejandria, donde sin ninguna esperanza de socorros capituló con las fuerzas inglesas y alemanas que le hostilizaban, estipulando que las tropas francesas serian conducidas á los puertos de su nacion en el Mediterráneo.

Luis XVIII dirigió á Bonaparte dos cartas en que le invitaba á restablecer el trono de los Borbones, y le ofrecia la espada de condestable; pero el general cónsul lo rehusó. La república veía su territorio amenazado, y en el año de 801 habia hecho la paz con toda la Europa, excepto la Inglaterra. Bonaparte resolvió, pues, llevar á ella sus fuerzas: 200,000 hombres reunidos en Bolonia debían ser transportados al otro lado del estrecho por un número inmenso de barcos chatos. En Inglaterra, al mismo tiem-

po se verificaba la caída del ministerio de Pitt, para cuyo acontecimiento contribuyó mucho el mal éxito de la segunda coalición, y la oposición que se colocó á la cabeza de los negocios, se apresuró á concluir con Francia el tratado de Amiens, que ratificó las conquistas de los franceses en la línea de los Alpes y del Rhin, reconoció la independencia de las repúblicas secundarias, y restituyó las colonias. Este tratado es de 25 de Marzo de 1802. En 26 de Abril un decreto amnistió á los emigrados, y el 7 de Junio un senador consultó prórroga por otros diez años al consulado de Bonaparte. Para ocupar al ejército, se le mandó á la isla de Santo Domingo, donde los negros habían proclamado su independencia; pero la fiebre diezmoó las tropas, y la cuarta parte de ellas se creyó feliz con volver á ver el suelo de su patria.

Bonaparte se ocupaba activamente de la fusión de los partidos, de la organización del poder consular, y de unir la prosperidad de la Francia á la idea de su engrandecimiento. Nuevos caminos y establecimientos públicos y la formación de los códigos franceses, que después tomaron el nombre de Napoleón, fueron proyectados en esta época: se restituyó también el culto católico, lo que encontró muchas simpatías. El cónsul celebró un concordato con el Pontífice para este efecto, y en una magnífica función de iglesia se hizo la inauguración del culto restaurado. Para esto fue necesario, sin embargo, una providencia enérgica, por la que Napoleón escluyó del cuerpo legislativo á muchos miembros de éste.

Un mes después se creó la legión de honor, á pesar de una fuerte oposición, y la ley pasó por una corta mayoría, y á los tres meses un decreto del senado publicó el resultado de la pregunta hecha á la Francia sobre si Napoleón sería cónsul por toda su vida. De 3,500,000 votos, 9,000 solo fueron negativos.

Como los artículos del tratado de Amiens no eran ejecutados por ninguna de las partes, la guerra estalló de nuevo. Además de la Inglaterra, se presentaban como enemigos, Alejandro, emperador de Rusia, que había sucedido á Pablo, y el rey de Prusia, que era su aliado. Declarada la guerra, un ejército francés, al mando de Mortier, invadió el Hannover. Mientras esto pasaba, estalló una conjuración dirigida por Pichegrú, Moreau y Jorge Cadoudal. Moreau fué preso el 15 de Febrero de 1803. Pichegrú y Cadoudal algun tiempo después. Moreau intentó justificarse, y en consideración á sus servicios pasados, solo fué condenado á dos años de prisión, que después le fueron conmutados en dos de destierro en los Estados Unidos. Pichegrú, que guardó un silencio absoluto, se ahorcó ó fué ahorcado en su prisión; y Cadoudal

sufrió el último suplicio. Por indicios poco fundados de ser uno de los conspiradores, fué preso el duque de Enghien en un territorio neutral, conducido á un castillo, donde en la noche fué juzgado por una comisión militar, y al día siguiente fusilado en su comision. Napoleón siempre procuró disminuir la atrocidad de este hecho, y disculparse con las circunstancias.

Esta conspiración dió pretexto ó apresuró el imperio: una diputación del senado se le presentó á decirle: "Ciudadano primer cónsul, fundais una era nueva; pero debéis eternizarla: el esplendor nada vale, sino la duración..." "Manifestadme vuestro pensamiento entero," dijo Bonaparte. "El senado piensa, replicó la comisión, que interesa al pueblo frances confiar el gobierno de la república á Napoleón Bonaparte, emperador hereditario." Un tribuno hizo la misma mocion en el tribunado: Carnot solo se opuso á ella; pero su discurso fué inútil: el escrutinio del pueblo dió mas de 3,500,000 votos en favor del imperio, y no llegaron á 3,000 los negativos.

Luis XVIII protestó contra esto que él llamaba una usurpacion de los derechos imprescriptibles de su familia, y lo hizo en términos nobles y firmes. La constitucion sufrió aún otra nueva reforma acomodada al poder absoluto de la nueva forma de gobierno: José y Luis, hermanos de Bonaparte, fueron nombrados príncipes del imperio, y diez y ocho generales obtuvieron el título de mariscales. Se restituyó el aparato de la antigua corte, y los funcionarios militares, civiles y eclesiásticos, compitiendo en servilismo, felicitaban á porfia al nuevo emperador. El Papa mismo vino á Paris á consagrar la nueva dinastía. La coronacion se hizo solemnemente en la iglesia de Nuestra Señora: llegado el momento de ponerse la corona, Napoleón la tomó y la colocó en su cabeza por su propia mano: después colocó otra en la de su esposa. La función fué brillante, y el pueblo gritaba: ¡Viva el emperador Napoleón!

Poco después, electo rey por los italianos, fué á Milan y se ciñó la corona de hierro, y nombró al príncipe Eugenio, su hijo adoptivo, virey de Italia. Para asegurar el desembarco en Inglaterra, de las fuerzas reunidas en el cabo de Bonaia, Napoleón ordenó al almirante Villanueva hacer un movimiento que debía alejar de las costas la escuadra británica; mas la expedicion de Villanueva fué desgraciada, y el plan de Bonaparte se frustró.

Formábase entre tanto una nueva coalicion de la Inglaterra, la Austria y la Rusia, y Napoleón se vió obligado á emplear contra ella el ejército destinado á la Inglaterra, el cual tomó el nombre del Grande ejército. La Prusia, antes neutral, quejándose de haber sido violado

su territorio, habia hecho alianza ofensiva y defensiva con Rusia, y la Francia no contaba la mitad numérica de las fuerzas de los aliados. Napoleón distribuyó á sus generales el mando de diversos cuerpos de ejército, y él mismo, vigilándolos y dirigiéndolos á todos, se dirigió á Alemania.

El primer movimiento y las victorias de los franceses obligaron á las fuerzas de los aliados, al mando del general Mack, á irse concentrando y encerrarse en Ulm, y al fin á rendirse allí. Las victorias continuaron, y el 15 de Noviembre el ejército frances entró en Viena, donde Napoleón estableció un gobierno para las dos Austrias como países conquistados, y cesó de las provincias que habia subyugado una contribucion de cien millones en favor del grande ejército. Mas el emperador de Alemania habia retirádose, y Bonaparte tuvo que perseguirle: alcanzó al fin al enemigo el 2 de Diciembre cerca de Austerlitz, y allí se dió la batalla de este nombre. Los emperadores de Austria y Rusia contemplaron desde las alturas el triunfo completo del emperador de Francia, y el 4 de Diciembre el de Alemania vino á la tienda de Bonaparte á pedir la paz.

Esta victoria fué de la mayor importancia y produjo los resultados mas útiles á la Francia y á sus aliados. Bonaparte hizo grandes demostraciones de honor y de favor á las viudas é hijos de los que habian muerto en esta batalla, y su consecuencia fué la paz de Presburgo, que puso fin á la coalicion. Por esta paz Napoleón fué reconocido rey de Italia, y todos sus aliados ganaron considerablemente en títulos y en poder. Poco tiempo después dió el reino de Nápoles á su hermano José, y la Holanda también en calidad de reino á su hermano Luis.

La escuadra, sin embargo, no era tan feliz. La marina inglesa hostilizaba, aunque inferior en número, á la francesa que estaba aliada á la española; y Villanueva, almirante frances, después de continuos reveses, tuvo que acogerse al asilo del puerto de Cádiz, donde se unió con el almirante español Grevina. Allí fueron bloqueados por una escuadra inglesa, el mando de Nelson, vencedor en varios combates navales. La escuadra combinada al fin pretendió salir al mar, y esto produjo la sangrienta batalla de Trafalgar, en la que pereció Nelson; pero la marina inglesa, á pesar de su inferioridad numérica, triunfó de sus enemigos. "Esta batalla, dice un escritor frances; aniquiló para largos años la marina francesa, fué un inmenso desastre que afligió á todos los corazones patriotas, é hizo sombra á la brillante gloria de Austerlitz. El año de 805 habia hecho á Inglaterra señora de los mares y á Napoleón del continente."

El puente del Jardin de las plantas, inaugura-

do el 19 de Enero de 806 bajo el nombre de Puente de Austerlitz, fué el primer monumento público que consagró la memoria de una victoria de Napoleón, y á poco el bronce de los cañones tomados al enemigo sirvió para levantar la columna de la plaza de Vendome. Bonaparte fué reconocido emperador por la Puerta Otomana, y en su discurso de apertura del cuerpo legislativo, decia: "que dueño de aniquilar el imperio de Austria, le habia conservado; que la conducta del gabinete de Viena seria tal, que no tendria el imperio frances que arrepentirse de su indulgencia."

La muerte de Pitt presentó algunas esperanzas de paz; pero la de Fox, su sucesor, que accedió á muy poco, las destruyó enteramente. El rey de Prusia, que habia mostrádose neutral, no creyó conveniente permanecer tranquilo al formar la confederacion del Rhin, y trató de formar otra para equilibrar el poder. Napoleón prohibió á algunas provincias entrar en esta segunda coalicion, y el gabinete de Prusia se preparó á la guerra: la reina, joven y hermosa, recorrió las filas á caballo y entusiasmó al ejército. La campaña se abrió de nuevo: las tropas francesas pasaron el Rhin en ocho ejércitos y con el mismo Napoleón al frente, y la batalla de Jena, después de otros varios encuentros menos importantes, agregó una nueva victoria á la gloria imperial. El rey de Prusia continuó sin embargo la guerra, contando sobre todo, con el auxilio de los rusos, y Napoleón continuó persiguiéndole en su retirada: al fin los dos ejércitos ruso y frances se avistaron en Eylau, y allí se dió la gran batalla de este nombre, una de las mas sangrientas del imperio; pero que terminó contra los rusos, aunque con pérdida considerable de los franceses, y ambas partes cantaron Te-Deum por la victoria que respectivamente se atribuan.

Los franceses sin embargo avanzaban, y los rusos y prusianos se retiraban, y en Friedland una nueva batalla decidió enteramente el triunfo de los primeros. Napoleón continuó avanzando hasta las orillas del Niemen, frontera del imperio ruso, y en Tilsit tuvieron una entrevista los tres soberanos. En ella el emperador de Rusia, aunque vencido, protegió noblemente al rey de Prusia, enteramente despojado de su reino por Napoleón; y de allí se celebró la paz ó tratado que se llamó de Tilsit, por el que obtuvieron grandes ventajas Napoleón y sus aliados. Cuando éste estuvo en Berlin habia expedido dos decretos memorables en aquella ciudad: el primero para la organizacion de la guardia nacional en Francia, y el segundo para lo que se llamaba el bloqueo continental contra la Inglaterra. Consistía este en prohibir la entrada en Europa de todos los efectos ingleses:

deklaraba buena presa ó comiso cualquiera mercancía, y mandaba prender á cualquiera individuo de esta nación que se encontrase en el territorio francés, conquistado por el emperador ó sus aliados. Por la paz de Tilsit, Rusia y Prusia se adhirieron al bloque continental.

Inglaterra quedó entonces por único enemigo del imperio, y logró levantar contra él á Suecia y Portugal. Napoleón declaró que la casa de Braganza había cesado de reinar en el segundo, fórmula de que usaba para destronar á un monarca, y para ejecutar este decreto, mandó á Junot á la cabeza de un ejército que obtuvo libre tránsito por España. El rey de Portugal no combatió ni esperó á los agresores, sino que se embarcó para América, dejando abandonado el reino. Esta expedición fué sin embargo ruinosa para Napoleón, por la idea que le sugirió de apoderarse de España, primer teatro de reveses para sus ejércitos.

Una conmovición popular que en Madrid proclamó rey al príncipe de Asturias, Fernando VII, obligando á su padre Carlos IV á abdicar el trono, presentó á Bonaparte ocasión de mezclarse en los negocios de España. Hizo invadir por un ejército que no tardó en penetrar hasta Madrid, y el emperador mismo fué á Bayona, donde mandó comparecer ante él á la discordante familia real. Allí cesó que Fernando restituyese á su padre la corona, y éste voluntaria ó forzosamente abdicó de nuevo en favor de una nueva dinastía de la familia del emperador; y una junta suprema, convocada en Madrid, dió el trono á José Bonaparte, que cedia el de Nápoles á Murat. Pero la nación española no aprobaba estas negociaciones, y muy pronto otra junta en Sevilla organizó la oposición y llamó á España á combatir contra el nuevo rey; España débil entonces colocada en la corona del emperador; pero que todo su poder no pudo arrancar de ella!

Portugal también levantó el estandarte de la rebelión y fué auxiliado por un cuerpo de tropas inglesas. Los generales franceses sucumbieron y tuvieron que firmar la convención de Cintra, cuyo principal artículo fué, que las tropas imperiales debían salir de Portugal, y que una escuadra rusa que se hallaba en el Tajo debía entregarse á los ingleses hasta seis meses después de firmado el tratado de paz. Entre tanto los negocios de España se ponían cada vez peores para el emperador: éste juzgó necesaria su presencia en ella, y entró á la cabeza de 80.000 soldados, endurecidos á las fatigas de la guerra y que todos habían estado en muchas campañas. Después de muchas victorias de sus tropas, llegó á poseer el reino de Madrid; mas inmediatamente volvió á París, adonde debía ocuparse de los preparativos de guerra que cesigía una nue-

va coalición entre la Inglaterra y la Austria; esta potencia había procedido en esta vez con mucha actividad y había invadido la Baviera: sus fuerzas llegaban á 400.000 hombres. Napoleón, sin embargo, marchó á la campaña con 200.000 hombres, y en algunos días después de haber ganado diferentes victorias, logró hacer evacuar la Baviera á las fuerzas de la coalición, y entraba en Viena por segunda vez. Las victorias de Ebling y Wagram aniquilaron las tropas de Austria y dieron á Bonaparte el triunfo completo sobre la coalición: una expedición inglesa de 50.000 hombres que desembarcó en Holanda, no pudo obtener ventajas considerables, y destruida por las enfermedades y por las armas francesas, se vió precisada á reembarcarse con grandes pérdidas.

Se celebró por fin un tratado de paz que llevaba el nombre de Viena, en el que la Austria hizo todavía nuevas concesiones y dió su adhesión al bloque continental. El Pontífice Pio VII había tomado parte en esta coalición, había escumulado al emperador de Francia, y su castigo fué aun mas pronto y terrible: un decreto de Napoleón borró al Papa de la lista de los soberanos temporales: el general Radet, encargado de la ejecución de esta orden, escoló el Vaticano, hizo entrar al Pontífice en una calecería de cuatro años. Roma, que había visto sin murmurar, arrebatár á su príncipe, se convirtió en cabecera de un departamento francés.

Los negocios de España entre tanto no eran favorables á los franceses; aunque éstos al principio habían obtenido muchas ventajas, el fruto de ellas se aniquiló con la brillante defensa que hizo Palafox, general español, de Zaragoza, que por dos veces detuvo meses enteros á los ejércitos imperiales, y no se rindió sino después de mucho tiempo de una guerra de exterminación que causó á los sitiadores pérdidas considerables, y sobre todo, la del tiempo y la del prestigio moral de invencibles que habían obtenido.

Perdieron los franceses en España algunas batallas generales; y cuando obtenían la victoria, las divisiones españolas dispersas se convertían en guerrillas, que aprovechándose del conocimiento de las localidades, hostilizaban los destacamentos enemigos, interceptaban sus comunicaciones, les privaban de víveres, y demasiado numerosas á veces y al mando de gefes distinguidos, daban serios cuidados á los mismos ejércitos enteros: cada plaza abandonada por el enemigo, cada colina ó desfiladero en las montañas, y hasta las mismas ruinas de los edi-

ficios que el tiempo ó la guerra habían hecho caer, se convertían en punto fortificado para los insurgentes españoles, que aunque sucumbiesen y fuesen exterminados, era después de haber hecho sufrir á los franceses pérdidas mas ruinosas para ellos que la de una guerrilla para España. Wellington, que mandaba las tropas combinadas de España é Inglaterra, rechazaba con felicidad en repetidos combates regulares á las tropas del imperio, y al fin del año de 1810, lejos de estar la España subyugada, comenzaba á tomar la ofensiva, y sus córtes, desusadas tiempo hacia, se reunían en Cádiz para procurar los medios de terminar la guerra sin sucumbir á los invasores.

Tal vez la presencia del emperador hubiera podido hacer variar el aspecto de los negocios; pero Napoleón se hallaba demasiado ocupado en el interior de Francia en otra clase de proyectos. Pensaba en consolidar su obra, fijando su dinastía en un heredero que no había podido tener, contrayendo al efecto alianza matrimonial con alguna princesa de las casas soberanas del continente. Conformé á este designio, dió su acta de divorcio á la emperatriz Josefina, y obtuvo en seguida del emperador de Austria la mano de su hija la archiduquesa María Luisa. Este paso de sana política fué acompañado de la agregación de la monarquía de Holanda al imperio francés, obligando á renunciar la corona de la primera á Luis Bonaparte.

Creen algunos que el matrimonio con la princesa de Alemania contribuyó á indisponer á Napoleón con el emperador de Rusia, que le había hecho ofrecer la mano de su hermana, y que desde entonces pensó en apelar de nuevo á las armas para restituir el equilibrio del poder que suponía perturbado por el íntimo enlace de Francia y Austria. El año de 1811 vió nacer al deseado heredero del nuevo emperador, y vió también encenderse las primeras centellas de la gran sublevación contra el despotismo del guerrero triunfante. Los intereses comerciales de los unos, los temores de los otros, y el honor de todos, perjudicado por los tratos que el vencedor los había dictado en el campo de batalla, hacia que la sumisión de los súbditos y la fidelidad de los aliados, se conservase solo por la fuerza.

La Rusia se armaba en silencio, y abría clandestinamente sus puertos al comercio inglés, y á fines de 1810, un decreto de su emperador admitió abiertamente á éste y prohibió los efectos franceses. La Suecia también abrió sus puertos á los ingleses. Reinaba en esta Bernardo de, general francés, á quien diputados de Suecia habían venido á Francia á ofrecer la corona que había quedado vacante por la muerte sin sucesor de Carlos XIII. El antiguo general fran-

ces se manejaba ahora como correspondía á su nueva dignidad de rey de Suecia. Nuevos motivos aumentaban el disgusto del emperador de Rusia y dieron lugar á una coalición nueva contra la Francia.

Los armamentos por ambos imperios fueron dignos de su poder, y Bonaparte contaba con la alianza de todos los reyes á quienes había creado y subyugado. Se asegura que el ejército francés, compuesto de diferentes otros, al mando cada uno de un rey, príncipe ó duque, llegaba á medio millón de hombres, que eran las mayores fuerzas reunidas en los tiempos modernos. Los rusos por su parte, haciendo la paz con los turcos, aumentaban sus fuerzas disponibles con el ejército aguerrido del general Kutusoff, que empleado en aquella campaña, podía ahora serlo contra la expedición invasora.

El 9 de Marzo de 1812 salió Napoleón de París parair á Dresde acompañado de su esposa; y el 22, una proclama anunció á su ejército su llegada á Polonia. El inmenso ejército que conducía tardó tres días en pasar el Niemen por dos puntos, y las primeras operaciones de la guerra lo fueron enteramente favorables. Alejandro, el emperador de Rusia, habló de paz pidiendo á Bonaparte retrocediese al Niemen; pero éste continuó avanzando; y entre tanto se reunía bajo su protección una dieta en Varsovia, para la restauración del reino de Polonia, aunque nada seguro ofrecía el emperador de Francia á sus diputados, en consideración á los derechos del de Austria.

Cuando Napoleón se puso de nuevo en marcha, comprendió el sistema de defensa de los rusos. Estos se retiraban dejando tras de sí todo destruido, y el ejército francés no encontraba mas que ruinas, incendio y devastación. Cuando Napoleón llegó á Witepsk, manifestó que pretendía hacer de la campaña de Rusia una guerra de tres años: que en el segundo tomaría á Moscú, y en el tercero á Petersburgo. Alejandro, sin embargo, mostró su ejército á Napoleón, que le batió, aunque no decisivamente, y ocupó algunas ciudades mas, cuyos almacenes habían sido destruidos.

Por entonces se presentó Kutusoff, el vencedor de los turcos, y para conservar su popularidad, no quiso dejar entrar á los franceses en Moscú sin presentarles una batalla. Al efecto se fortificó en las altures de Borodino, y Napoleón dirigió una proclama á sus soldados, felicitándoles porque al fin se iba á dar la gran batalla que tanto habían deseado, que les iba á proporcionar en la victoria cuanto necesitaban, y una pronta vuelta á la patria; les recordaba triunfos antiguos, y les prometía gloria inmortal por aquel día. La victoria acompañó por esta vez todavía á las águilas francesas; pero

sus efectos fueron nulos, y algunos días después, Kutusoff, que había sostenido otro combate, dió la orden de retirada, abandonando á Moscú.

Los rusos atravesaron como vencidos su ciudad santa, la segunda capital del imperio, murmurando contra su jefe, y dos horas después Murat, el rey de Nápoles, entró en ella á la cabeza de su caballería: el ejército entero formado en batalla sobre el monte llamado de la Salud, vió la gran ciudad medio oriental, medio europea, con sus ochocientas iglesias, sus mil campanarios y su antiguo Kremlin: los soldados gritaban: ¡Moscú! ¡Moscú! y Napoleón se mostraba triunfante. Moscú á los ojos de todos representaba la tierra prometida, el término de todas las fatigas, almacenes inmensos y agradables cuarteles de invierno. Después empezaron las tropas á desfilar por las calles: todo estaba desierto, los habitantes habían huido; pero anunciando su próxima vuelta y recomendando sus casas á los vencedores. El emperador se estableció en la ciudadela del Kremlin que encerraba gran cantidad de armamento, y sobre todo, de pólvora: esperaba pasar el invierno en Moscú y marchar en la primavera á Petersburgo; mas al día siguiente todo cambió. Un violento incendio ordenado por el gobernador ruso antes de partir, estalló por diversas partes durante la noche: los criminales de las prisiones, puestos en libertad, recorrían la ciudad con lachas y la incendiaban, y todas las bombas habían desaparecido: el ejército hizo esfuerzos para apagar, y se fusiló inmediatamente á algunos incendiarios á quienes se prendió. Pero las llamas se aproximaban al Kremlin, que se temía volara con la pólvora, y al fin Napoleón y sus tropas se resolvieron á salir de la ciudad, convertida en una vasta hoguera.

Napoleón, vacilante sobre su conducta sucesiva, se dejó entretener cuarenta días con proposiciones de paz, que al fin no tuvo efecto; y hasta el 13 de Octubre no se dió la orden de retirada. «Nuestra guerra está concluida, decía Kutusoff, y la nuestra va á comenzar.» El invierno se presentó rigoroso y terrible, y esta retirada fué uno de los mayores desastres que recuerda la historia. Tres días antes de la vuelta de Napoleón á Smolenko, cayó espesa la nieve, y el viento glacial del Norte la acompañó. En pocas noches la caballería se encontró desmontada y la artillería sin caballos: los soldados carecían de alimento, y ni aun sus fusiles podían cargar: cadáveres helados cubrían los caminos: nubes de cosacos habitados al cima y medio salvajes, formaban un cerco de lanzas al ejército, y esterminaban los batallones enteros, que sin armas se desbandaban frenéticos por las aldeas en busca de abrigo y alimento.

Parciales triunfos que solían obtener los ejércitos franceses, no compensaban sus grandes y repetidas calamidades, y aun algunas faltas de los generales en aquella confusión empeoraban su suerte. Se atribuye al duque de Belluno no haber guardado el puente Barisow, el que ocupó una division rusa.

Ochenta mil hombres se encontraron estrechados entre el río, y el ejército de Kutusoff, cuya vanguardia se aproximaba rápidamente. Fué necesario construir puentes para atravesarlo bajo el fuego del enemigo, y luego que estuvieron construidos, la multitud en masa se precipitó á ellos, siendo vano el orden que se quiso establecer: se creían salvados los franceses, cuando los puentes sobrecargados crugieron y se sepultaron en las aguas medio heladas, con cuanto tenían encima. En este momento se descubrió una bastería rusa á medio tiro de cañón, é hizo llover metralla sobre la multitud armada y desarmada, produciendo una confusión y una mortandad horrosas.

Napoleón continuó su retirada con 60.000 hombres, y al llegar á Malobeezno encontró catorce correos de París, y en ellos noticias de conspiraciones que habían estado á punto de triunfar. La situación de su ejército, el estado de la capital y las instancias de los que le rodeaban, le hicieron volver precipitadamente y casi solo á París; y el 18 de Diciembre en la noche se presentó en una mala calesa y sin acompañamiento, en la puerta de las Tuillerías, donde por un momento rehusaron abrirle. Los cuerpos que quedaron en Rusia la evacuaron, se rindieron á los vencedores, ó perecieron: la campaña emprendida con tantas fuerzas y esperanzas, había terminado desgraciadamente, y el prestigio de la invencibilidad de Napoleón había concluido.

El emperador, de vuelta á París, hizo los preparativos para una nueva campaña que se le facilitaron por una gran suma de dinero que había reservado en su palacio. El 15 de Abril de 1813 dejó á París con sus nuevas legiones, y obtuvo dos victorias contra los rusos y prusianos: los aliados rennieron un congreso en Praga, y desde allí hicieron á Napoleón nuevas proposiciones que no admitió, y la guerra comenzó de nuevo. Era esta la época de desgracias para el emperador: sus aliados lo abandonaban, y naciones enteras sin previa declaración de guerra pasaban al enemigo: los aliados por el contrario, veían cada día aumentarse su ejército y avanzando continuamente, á fuer de algunos triunfos parciales de Bonaparte, amenazaban invadir la Francia: Napoleón estaba de vuelta en París y pedía al senado y al cuerpo legislativo dinero y soldados, no ya para conquistar provincias lejanas, sino para defender á la cabeza

de los restos de su ejército, el suelo de la patria que era invadido por 700.000 hombres pertenecientes á todas las naciones de Europa ligada entonces entera contra la Francia.

El senado con su acostumbrada obediencia dió cuanto se le pedía; pero el cuerpo legislativo pronunció palabras severas, que era la expresión demasiado largo tiempo comprimida de las opiniones, de la Francia, cansada de conscripciones, de bloqueo continental, de conquistas y de despotismo. Napoleón, irritado, mandó suprimir el dictámen de la comision y trató á los que habían opinado con ésta de cómplices de Luis XVIII y de vendidos á la Inglaterra: decretó la disolución del cuerpo legislativo y mandó cerrar las puertas del lugar de las sesiones.

En la campaña que se abrió entonces, el ejército francés de solo 60.000 hombres obtuvo aun algunos triunfos parciales contra los aliados; pero estos recibían refuerzos sin cesar y Napoleón no tenía de donde esperarlos. Sintiendo vacilar su trono, basó la muerte en los combates, y no la encontró: supo que los rusos y prusianos se avanzaban á París, y marchó á socorrerla; pero antes de llegar tuvo noticia de que la capital había capitulado: que los soberanos aliados habían hecho en ella su entrada triunfal, precedidos por una proclama en que declaraban que Bonaparte era el único obstáculo para la paz; entonces se decidió á abdicar, y lo hizo en estos términos: «Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y por sus herederos á los tronos de Francia y de Italia porque no hay sacrificio alguno personal, aun el de su vida, que no esté pronto á hacer á la Francia.»

La casa de Borbon, cuyo nombre habían hecho casi olvidar veinticinco años de guerra, fué llamada de nuevo á Francia, y Luis XVIII subió entonces al trono de sus padres. Se formó una nueva constitucion para el pueblo francés, que establecía la monarquía moderada: á Luis no debía coronarse sino después de haber jurado observarla y hacerla observar. A Napoleón se asignó la isla de Elba, cuya soberanía se le daba con dos millones de renta: la emperatriz María Luisa tuvo tambien algunos ducados reversibles á su hijo, y á los demás miembros de la familia del emperador se concedieron rentas considerables: 400 hombres con algunos generales siguieron á Bonaparte á la isla de Elba, lo que tambien formaba un artículo del tratado.

El gran negocio que quedaba por arreglar era el tratado de París: la Francia por él entra-

ba en los antiguos límites que tenía el 19 de Enero de 1792: volvía á los aliados gran número de fortalezas, almacenes inmensos, 12.000 piezas de artillería, y cerca de 60 navíos, valuado todo en mas de 40 millones de pesos: había perdido sus adquisiciones de veinte años compradas con la sangre de dos millones de ciudadanos. El 4 de Julio, Luis XVIII convocó al senado y al cuerpo legislativo, y proclamó la carta constitucional, poco diferente de la de 1830: por ella el rey debía nombrar una cámara de pares, y esta fué constituida al momento y compuesta de antiguos senadores, de mariscales y dignatarios del imperio, y sobre todo, de miembros de la nobleza emigrada.

Luis XVIII, en lugar de sepultar en el olvido todo lo pasado, representaba mas bien la persona de un juez irritado que de un rey que perdona y otorgaba la carta constitucional como una concesion espontánea de su voluntad soberana. Los realistas hablaban de venganzas, especialmente sobre los regicidas, y el clero y la nobleza pedían la restitucion de sus antiguos bienes ó enormes indemnizaciones: el ejército, á quien se temía, que era gravoso por su gasto, y esta fué quien se creía no necesitar, vegetaba encerrado en las plazas fuertes, llorando sus águilas y sintiendo á su antiguo emperador: millares de soldados habían sido despedidos, y gran número de oficiales puestos á medio sueldo. Los aliados comenzaban á discordar entre sí, y los antiguos partidos, aun el de la república, formaban nuevas esperanzas á la sombra del gobierno de Luis XVIII, que prudente por carácter, pero indeciso como el desdichado Luis XVI, procuraba en cuanto era posible, mantener la balanza, dejándola inclinarse siempre hácia la escasegacion del malismo por el consejo de sus cortanosos.

Napoleón, entre tanto, lo sabia todo en la isla de Elba; veía los ojos de la Francia descontenta fijos en él, y mas de 600 soldados y oficiales que habían llegado á ella y que le había participado que Murat, el rey de Nápoles, no esperaba mas que una palabra suya para ausiliarle con todo su poder, despertaron en Bonaparte los deseos de volver á empuñar el cetro del mundo á que no había renunciado. Cuando creyó oportuno el momento, se embarcó en un bajel pequeño, y á sus soldados en otros menores aún, y atravesando con fortuna, sin ser descubierto, por entre los cruceros ingleses.

Llegó por fin á Francia: dió proclamas que entusiasmaron á sus soldados, y no encontró oposicion hasta Grenoble: una partida de tropa salida de esta ciudad le cerró el paso de un desfiladero, y se preparaba á usar de sus armas. Napoleón se adelanta al frente de ellos, solo y á

pié, y les grita: "Soldados, si hay alguno entre vosotros que quiera matar á su general, á su emperador, puede hacerlo: aquí está." El batallón gritó: "¡Viva el emperador!" despedazó la bandera blanca, y fraternizó con los granaderos imperiales.

La corte entre tanto veía casi sin cuidado el acontecimiento: algunos se alegraban de tener un pretexto para acabar con los hombres del imperio, y otros hablaban, no del modo de contentar al emperador, lo que se tenía por seguro, sino del de cortar la retirada para que no se escapase. En este sentido se dieron las órdenes, y alguno de los antiguos generales á quienes Bonaparte había llenado de títulos, ofrecía á Luis XVIII traerle vivo ó muerto. Pero la águila imperial volaba, según la frase del mismo Napoleón, victoriosa de campanario en campanario hasta la catedral de París, y las divisiones que habían mandado á combatir á los imperiales fraternizaban con ellos, y los generales que ofrecían traer vivo ó muerto al aventurero, le abrazaban y se ponían á sus órdenes. Luis XVIII casi solo dejó las Tuillerías el 19 de Marzo, y al día siguiente Napoleón entró en ellas, y restituyó su antigua corte como si nada hubiera pasado. Aclamaciones universales saludaron su llegada.

El primer acto de Napoleón fué escribir á los soberanos aliados pidiéndoles la paz; pero su silencio, y sus preparativos y manifiestos le manifestaron que solo debía esperar la guerra. Trabajó, pues, activamente en disponerse á ella, y organizó seis ejércitos. Procuró atraerse á los liberales proclamando una acta adicional á las constituciones del imperio, redactada por los mas célebres del partido moderado, especialmente por Benjamin Constant. El pueblo, á cuya aceptación se sometió esta acta, dió 1,000,000 de votos en su favor y 4,000 en contra; pero las elecciones no fueron á gusto del emperador. En una asamblea solemne del campo de Mayo, que fué tan brillante como la federación de 1790, prestó juramento Bonaparte á la nueva constitución, diciendo: "Vengo á comenzar la monarquía constitucional."

Los aliados entre tanto amenazaban á la Francia con un millón de soldados, y se comprometían á no hacer la paz hasta reducir á Bonaparte á la imposibilidad de turbarla de nuevo. Este, meditando un hecho que los desconcertara, se dirigió contra los ejércitos de Blücher y Wellington, y batió al primero, obligándolo á retirarse; después se dirigió sobre el segundo, mandando al mariscal Grouchy vigilase á los prusianos de Blücher: Wellington, que se hallaba fuertemente situado, no rehusó la batalla, y el 18 de Junio de 1815 se comprometió esta, furiosa entre los dos ejércitos, en las cerca-

nías de Waterloo. Eran ya las siete de la noche, y Napoleón ordenó á su guardia una maniobra, que parecía decisiva; pero en este momento se presentó en el campo de batalla un nuevo cuerpo de tropas. El emperador anunció á los suyos que era Grouchy, á quien se habían mandado repetidas órdenes para que viniese; mas era Blücher y sus prusianos que habían logrado burlar la vigilancia de aquel y que decidieron la victoria por los aliados. Los franceses pensaron en la retirada, pero fué imposible: era una derrota completa lo que sufrían, y todo caía en poder de los vencedores: la guardia imperial respondía á las intimaciones de rendirse que se le hacían, con descargas, y juramentos enérgicos y desesperados, que la poesía ha expresado por la noble expresión de: "perece y no se rinde!" pereció casi entera.

Todos los esfuerzos de Napoleón para disminuir su derrota fueron inútiles: volvió á París, donde sus tentativas para obtener un nuevo ejército y prontos auxilios, tampoco eran felices: entonces hizo una segunda abdicación en favor de su hijo, el rey de Roma; mas entre tanto los ingleses y prusianos se dirigían hasta París, y Napoleón tuvo al fin que pensar en partir á América; pero los cruceros ingleses le cercaban el camino, y al fin tuvo que confiarse á la generosidad británica: á bordo de un navío de esta nación llegó á sus costas é invocó del gobierno la protección de las leyes; pero fué enviado á la isla de Santa Helena, en donde después de una rigurosa cautividad de seis años, murió el 5 de Mayo de 821.

El ejército francés hizo aún algunos esfuerzos para defender á París, gloriosos tal vez, pero sin fruto. Al fin el gobierno provisorio capituló, estipulando la desocupación de París por parte de las tropas francesas dentro de tres días, y por parte de los aliados, el respeto á las propiedades públicas y particulares, y la seguridad de todos los individuos que se hallasen en la capital, cualquiera que hubiera sido su conducta y opiniones políticas. Los soldados lloraban de rabia y pedían el combate: acusaban al general de haberlos vendido á los aliados; los oficiales rompían sus espadas; pero todos obedecieron, y París fué entregado á los ingleses y prusianos el 6 de Julio de 815.

Los aliados entonces se condujeron como vencedores: despojaron á París de todas las obras maestras de las artes que la revolución había arrancado á la Europa, especialmente á la Italia, y reunido en la capital del estinguído imperio: algunos de los monumentos que recordaban las victorias de Bonaparte y la humillación de sus enemigos, estuvieron á punto de ser destruidos por éstos; se llegó á dar orden á los centinelas para hacer fuego sobre cualquier

ra que los insultase aun con un gesto ó una mirada; y entre tanto los príncipes y reyes, gefes de los aliados, se entregaban al lujo espléndido y á los placeres que les proporcionaba su riqueza y su situación, y en aquellos días los franceses pagaron sus años de triunfo y de orgullo, y la opresión que habían hecho sufrir tanto tiempo á la Europa.

Luis XVIII volvió y organizó su nuevo gobierno y la reacción entonces fué completa: los nobles por escritos y peticiones de leyes en las cámaras, y el pueblo por gritos frenéticos y asesinatos, perseguían á todos los que no habían dado pruebas de realistas. En las provincias aun era peor el estado de la nación: la guerra civil duraba aun en algunas partes, y diariamente llegaban á la corte las noticias de desórdenes sangrientos que nadie tenía la posibilidad de contener.

Se había firmado entre tanto el tratado con los aliados: parte de él estaba concebido en frases místicas y sus cláusulas esenciales son: que Francia quedaría reducida á sus antiguos límites de 1790; que pagaría á los aliados por indemnización de los gastos de la guerra, ciento cuarenta millones de pesos en cinco años; que ciento cincuenta mil hombres de los aliados, mantenidos por la Francia, permanecerían en ella ocupando sus principales plazas militares durante cinco años, ó á lo menos tres, si al fin de ellos los soberanos aliados consideraban restablecida la tranquilidad: algunas otras indemnizaciones de menos entidad; pero todas contra Francia y el antiguo orden de cosas, completamente este tratado, que puso fin á la revolución. Julio 13 de 1814.

## LA TUMBA Y LA FLOR.

Tras de ese esmaltado velo,  
De la tierra pabellon,  
A veces mi ardiente anhelo  
Los querubes de ese cielo  
Cree ver en blanda ilusión.

Y el bello Eden admirar,  
En mi éxtasis he soñado;  
Sueños son que al despertar,  
Tras un dulce bienestar,  
Recuerdos solo han dejado.

¡Por qué realidad no han sido  
Esos sueños de ventura!  
¡Por qué ese roce fingido  
Se ve ya desvanecido  
Al soplo de la amargura!

Triste es la senda, Dios santo,  
Que el hombre cruza en su vida;

Es triste mirar su llanto,  
Y en las alas del quebranto  
Su esperanza ver perdida.

Pues las blandas ilusiones,  
Que en su pecho hallan cabida,  
Tan solo falsas visiones  
Son, que entre sus pasiones  
Vienen á halagar su vida.

Esperanzas son, que inciertas  
Cruzan fugaces su mente;  
De dudas las vé cubiertas,  
Y en primavera naciente  
El dolor las halla muertas.

Así el destino fatal  
Marchita aun flores de Abril,  
Sopla crudo el vendabal,  
Y arrastra cabe al raudal  
Las rosas de este pensil.

¡Adónde está su belleza  
Que oteataron tan lozanas!  
El torrente con fereza,  
Destroza la genteza  
Que ayer mostraron galanas.

A ocupar la viuda rama,  
Vuelve, es cierto, nueva rosa;  
Y nueva flor embalsama  
El aura de la mañana  
Que la mece voluptuosa.

Mas ya de la flor primera  
Solo resta la memoria;  
Y presto su compañera  
Será la rosa hechicera,  
Que hoy ostenta tanta gloria.

Que el hombre, como las flores,  
Sujeto se halla al destino:  
Huyen de aquel los amores,  
Y en su árido camino  
Pierde la flor sus colores.

Resguardan sauces sombríos  
Sepulcros tristes, umbríos,  
Colocados con misterio;  
Y entre sus ramas luctuosas,  
Las cruces, veo, silenciosas,  
Que adornan el cementerio.

No se hallan aquí ilusiones,  
Ni la voz de las pasiones  
Entre el silencio retumba;  
Que en este lugar sagrado,  
Tan tranquilo y retirado,  
Púncbre se alza una tumba.

Huyen de aquí los encantos;  
Sacerdote, en himnos santos,  
Tan solo su rezo eleva.  
Del infeliz los gemidos,  
Cruzan también confundidos  
Sin que nada se conmueva.

Aquí la virtud respira,  
Y al perder presto la vida,  
Un Eden se halla en el cielo.  
Pierde el mundo su memoria;  
Pero en la gloria, otra gloria  
Encuentra en su raudó vuelo.

¡Morada de cruel pavor!  
En tus gradas el dolor  
Echala el postrer aliento:  
No las risas de ese mundo,  
Sino el pesar más profundo  
Se escucha al bramar del viento.

Que el buho con sus graznidos  
Acompaña los gemidos  
Del huérfano que aquí llora;  
Y vé cruzar por la sombra,  
Vision que su ánimo asombra,  
Y que entre sepulcros mora.

Negro espectro aterrador  
A interrumpir su dolor  
Sale de un túmulo frío,  
Y desaparece en seguida  
Cual una ilusión fingida  
Tras de aquel sauce sombrío.

Que nada turba el reposo  
De este lugar misterioso,  
Y la fúnebre vision  
Que vió el infeliz paciente,  
Desvarios son de su mente,  
Delirios de su aflicción.....

Yo también he meditado,  
Junto á un sepulcro, olvidado  
De las zambras y festines;  
Y en mi juvenil edad  
He visto de eternidad  
Los silenciosos confines.

Y he deseado con anhelo  
El levantar ese velo  
Que oculta nuestro destino.  
Y allí de la tumba al lado,  
Mi anhelo he visto burlado,  
Y la verdad no adivino.

¡Por qué es preciso, Dios mío,  
Pisar el sepulcro umbrío

Para en el cielo reír?  
Solo dudas y temores,  
Solo ilusión y dolores  
Mantienen nuestro vivir:

Y de esperanzas perdidas,  
Y de visiones fingidas  
Nuestro pecho se alimenta;  
Mas la tumba misteriosa,  
Con su verdad tenebrosa  
Siempre al humano amedrenta.

Que en ese asilo fatal  
Pierdo el mísero mortal  
Su postrimera esperanza.  
Que á su lúgubre presencia  
Se estremecé su conciencia  
Y vacila su confianza.

Que esa tumba solitaria  
Es voz triste, funeraria,  
Símbolo de mortandad;  
Y bajo su losa helada,  
La imagen está grabada  
De la fatal realidad.

Vuela luego el pensamiento  
Tras el duro pavimento  
De cadáveres mansion;  
Y en él su curiosidad  
Encuentra una impia verdad,  
Y un fantasma su ilusión.

Yo ví en aquesta morada,  
Flor hermosa nacurada  
Nacer de la tumba fría,  
Que ufana con sus primores  
Olivaba sus dolores,  
Y entre sombras se mecía.

Ostentando su belleza,  
Al soplo de la tristeza  
Descollaba magestuosa,  
Y se inclinaba galana  
Retratándose liviana,  
En el mármol de la losa.

Era emblema de ironía  
Esa rosa que alegría  
Y contentos demostraba.  
Su vegetación florida  
Era imagen de la vida,  
Y sepulcros adornaba.

De una lámpara el fulgor  
La morada del dolor  
Tristemente iluminara,  
Y cual al alba la rosa,  
Á aquesa luz tenebrosa  
Engañada, saludara.

En el recinto sagrado  
Los lloros del desgraciado  
De rocío te sirve, flor.  
¡Cómo, pues, creciste en bella,  
Si de pesares la estrella  
Alumbra aquí tu color?

Ya no pájaros vistosos,  
Con sus gorgeos melodiosos  
Se columpián en tu rama;  
Ni de la tarde á la brisa,  
Que del río las ondas riza,  
Tu fragancia la embalsama.

Ni cantan tampoco amores  
Los constantes ruseñores  
Al verte en el campo ufana;  
Ni aquesa tu miel sabrosa  
Liba la abeja afanosa  
Al alborear la mañana.

Que aquí tan solo graznidos  
De buhos entristecidos  
Escuchas, rosa, en la noche;  
Graznidos son de amargura,  
Y al oírlos con tristura,  
¡No cierras ¡oh flor! tu broche?

No, que entre tumbas nacida  
Los encantos de tu vida  
Miras en este confin,  
Y cabe el sauce sombrío  
Decoras sepulcro umbrío,  
Cual maceta de jardín.

Que hija tú del misterio,  
Adornas el cementerio  
Do viste la luz primera,  
Y huyendo de las pasiones,  
Sin amor, sin ilusiones,  
Te conservas hechicera.

No ambicionas ser llevada  
Por la brisa perfumada  
Del arroyo á las orillas,  
Ni retratar tu hermosura  
Del agua, en la linfa pura,  
Que á los rayos del sol brilla.

¡Bálsamo del puro cielo!  
De ese huérfano infeliz  
Endulzas el desconsuelo.  
¡Quien, oh flor, en tu matiz  
No encontrará su consuelo?

Puesto el hombre á meditar  
En la mansion de la muerte,  
¡Cuán dulce le es desahogar  
Su pecho enantes inerte,  
Y lágrimas derrama!

¡Cuán grato ver suspendida,  
Sobre alguna tumba yerba,  
Que oculta prenda querida,  
Ya para este mundo muerta,  
Lángida rosa florida!

Sigue siendo, flor hermosa,  
De esta tumba compañera,  
Y estando aquí venturosa,  
No evadies en la pradera  
Otra suerte más dichosa.

Sin ilusiones de amor,  
Y sin ensueños de gloria,  
Vivo solo en mi dolor;  
Mas conservo en mi memoria  
Una tumba y una flor.

Jalapa, Octubre de 1844.

Francisco de P. César.

(Escrito para el Museo.)

#### ALEGORIA SOBRE LA CRITICA.

*Virtus, repulsa mensis cónvidis  
Intaminatis fulget honoribus,  
Nec sumit aut post se securas  
Arbitrio popularis aura.*

Horacio.

*No la repulsa dura,  
No el desden frío á la virtud humilla;  
De su gloria segura  
Con su honor solo inmarcescible brilla,  
Con su honor que no cede  
Al favor ciego de incansante plebe,  
Burgos.*

La ocupación de un autor es, ó enseñar lo que se ignora, ó recomendar verdades conocidas; ó bien arrojar más luz en el alma, y abrir nuevas escenas á la perspectiva, ó variar los trages y situación de los objetos, comunicándoles nueva gracia y mayor atractivo; esparcir flores por el sendero que debe atravesar el entendimiento, de modo que éste quede convidado á recorrerlo de nuevo, y á examinar por segunda vez aquellas cosas que solo vió de paso y descuidadamente.

Muy diabólico es cualquiera de estos trabajos, porque para que no sean infructuosos, no solo se requiere que los hombres se persuadan de sus errores, sino que se reconcilien con su guía; se necesita no solo que confiesen su ignorancia sino lo que es aún menos grato, que convengan en que aquel de quien deben aprender sabe más que ellos.

El empleo de escritor moralista es tan molesto y aventurado, que no sería fácil creer que la perversidad humana llegase hasta el punto de entretenerse en agregar peso á la piedra de Sisifo, y que se opusiese á los progresos de u-

na reputacion que solo se adquiere á costa de tiempo y de trabajo, con tan gran riesgo de que se frustre la empresa y tan poco provecho si se logra.

Hay sin embargo, cierta raza de hombres, que toman por deber ó por diversion, impedir que se acopie todo producto de la Literatura ó del Genio; que están como centinelas en las arrendas de la Fama, y que tienen por meritório dar á la Ignorancia y á la Envidia los primeros avisos de una presa.

Un autor nuevo debe tratar de recomendarse cerca de unos hombres que se distinguen ellos mismos, aplicándose la denominacion de críticos. No es difícil que los mas malignos de estos perseguidores se apliquen un tanto, y se decidan á templan su furia por corto tiempo. Habiendo considerado con tal fin muchos espeditos, he hallado en las memorias de los tiempos antiguos, que Argos fue adormecido con la música, y Cerbero apaciguado con una sopa; por lo tanto me inclino á creer, que los críticos modernos, que si carecen de ojos, tienen la vigilancia de Argos, y pueden ladrar tan recio como Cerbero, aunque quizá no pueden morder con igual fuerza, podrian ser sujetos por medio de la misma especie. Yo sé de algunos que se han sosegado con clarete y una cena, y otros adormecido con los suaves acentos de la música.

La Crítica, de la que ellos derivan la pretension de decidir de la suerte de los escritores, fue hija primogénita del Trabajo y de la Verdad: luego que vio la luz, quedó encomendada á la Justicia, y ésta la educó en el palacio de la Sabiduría. Los dioses, habiendo reconocido pronto sus raras cualidades, la nombraron gobernadora de la Imaginacion, y le encargaron que llevase el compás en los conciertos que las Musas entonaban ante el trono de Júpiter.

Cuando las Musas consintieron en visitar este bajo mundo, vinieron acompañadas de la Crítica; y antes que ésta dejase el empuje, la Justicia le entregó un cetro para que lo llevase elevado en su mano derecha: un extremo de este cetro se hallaba circuido de ambrosía, y adornado con un aéreo follage de laurel y de amaranto; el otro extremo habia sido empapado en las aguas del Olvido, y estaba rodeado de adormideras y de hojas de ciprés. En su mano izquierda llevaba una antorcha inestinguible, hecha por el Trabajo, iluminada por la Verdad, y gratificada por el singular don de mostrar luego las cosas bajo su verdadera forma, no obstante los disfraces con que aparecen á los ojos del vulgo. Todo lo que el arte puede complicar ó la locura confundir, aparecía al primer resplandor de la Verdad en sus partes distintas y en su primitiva simplicidad. Su luz penetraba los la-

borintos del Sofisma, y descubria todos los absurdos que le servian de refugio, traspasaba los trages que la Retórica acostumbra vender á la Falsedad, y revelaba la desigualdad de las partes cubiertas ideadamente con velos artificiales.

Provista de esta manera para desempeñar sus funciones, la Crítica bajó á escanminar las obras de los que se declaraban notarios de las Musas. Todo lo que era traído á su presencia lo veía á la luz de la antorcha de la Verdad; y cuando su escámen la convenia de que habian sido observadas con exactitud las reglas del gusto, tocaba la obra con el extremo del cetro rodeado de amaranto, y la consignaba á la Inmortalidad.

Pero acontecia con mayor frecuencia que en las obras que requerian su escámen, se habia empleado algun fraude y hecho diligentes esfuerzos para disfrazarlo con falsos colores; que entre las palabras y los sentimientos, se encontraba una secreta desigualdad, ó entre las ideas y los objetos originales alguna semejanza; que las incongruencias se enendaban entre sí, ó que algunas partes solo servian para realzar la apariencia del todo, sin contribuir á su belleza, su solidez, ó su utilidad.

Todas las veces que se hacian tales descubrimientos, y eran hechos siempre que se cometian dichas faltas, la crítica rehusaba el toque que conferia la sancion de la Inmortalidad; y cuando estos errores eran frecuentes y groseros, trastrocaba el cetro y dejaba caer algunas gotas de las adormideras y ciprés, fatal rocío que al punto comenzaba á talar la obra, hasta destruirla completamente.

Habia algunas composiciones traídas al ensayo, que al arrojar sobre ellas la luz mas fuerte, se confundian de tal modo sus bellezas é imperfecciones, que la Crítica permanecia con el cetro en equilibrio, dudando si destilaria gotas de letargo ó de ambrosía sobre ellas. Al último se vieron estas obras á tal número, que cansada la Crítica de esperar tan dudosas pretensiones, y teniendo usar impropriamente el cetro de la Justicia, remitió la causa para que la considerase el Tiempo.

Los fallos del Tiempo, aunque muy dilatarios, eran, salvo unos cuantos caprichos, conformes á la Justicia; y muchos autores que dentro de cortos plazos se creian seguros, han caido bajo la fatal guadaña, cuando navegaban viento en popa llevando en triunfo sus volúmenes á la posteridad. Se notó que algunos escritores se destruan poco á poco, y otros parecian inmediatamente.

La Crítica, habiendo fijado enfáticamente la vista en el Tiempo, se sintió al fin tan satisfecha de la conducta de éste, que se retiró de la tierra con su patrona Astrea, y dejó que la Pro-

cupacion y el Falso gusto, con sus asociados el Fraude y la Maldad, asolasen ilimitadamente, contentándose en lo de adelante con derramar desde lejos su influjo sobre algunas almas que lo merecen por su virtud y su saber.

Antes de partir la Crítica, quebró su cetro, y la Lissonja alzó las astillas del extremo embalsamado con ambrosia; las del otro extremo infectadas con las aguas del Leteo, fueron recogidas con igual presteza por la Malevolencia. Los secuaces de la Lissonja, á quienes ésta distribuyó su porcion de cetro, no conocen ni apetecen la luz, sino que tocan indistintamente todo lo que el Poder ó el Interés les presentan. Los compañeros de la Malevolencia recibieron de las furias una tea que tiene esta cualidad comun con la luz infernal, que solo alumbrá las faldas.

Con estos fragmentos de austeridad, los clavos de la Lissonja, y de la Malevolencia marcharon al mando de sus amas para conferir la inmortalidad, ó condenar al olvido; pero el cetro ha perdido su virtud, y el Tiempo pronuncia tranquilamente su sentencia, sin hacer caso alguno de los que les place determinar.

(Versita del Ingles de Jonson, por el cómsul D. Luis Maneyro, y enviada del Havre para el Museo.)

## POESIAS DEL NORTE.

### CANTO DE MUERTE.

¡Adios, adios, buen viaje! Esta noche es la llena de la luna y con su claridad se puede ver en el camino. ¡Buen viaje!

Una bala es preferible á una fiebre: tú has vivido libre, y libre has muerto. Tu hijo Juan te ha vengado matando cinco de tus asesinos.

Les hemos obligado á ponerse en fuga desde Ichaplissa hasta la llanura: ni uno solo de ellos ha volteado su faz para volvernos á ver por la última vez.

¡Adios, adios, buen viaje! Esta noche es la llena de la luna, y con su claridad se puede ver el camino. ¡Buen viaje!

Dile á mi padre que siga bien, que estoy aliviado de mi herida, y que mi esposa Helena ha dado á luz un niño.

Le he puesto por nombre Wladin, como él se llamaba. Cuando sea grande, le enseñaré á tirar el fusil, y á portarse como un valiente guerrero.

Cricsich me ha quitado á mi hija: ella tiene seis meses de haber concebido, y tengo espe-

Tom IV.—XVI.

ranza de que dé al mundo un muchacho fuerte y hermoso.

Jovark ha dejado el pais, y se ha lanzado en el mar: no tenemos noticias de él, y es probable le encontremos en la tierra á donde tú vas.

Tienes un sable, una pipa, tabaco, y una capa de piel de cabra. Esto es lo necesario para un largo viaje, y no tendrás ni frio ni hambre.

¡Adios, adios, buen viaje! Esta noche la luna está en llena, y verás lo bastante para encontrar tu camino. ¡Buen viaje!

[Marmier. Trad. para el Museo.]

## FUNDACIONES.

*La parroquia de San Pablo de México* fué fundada en los primeros años de la conquista, por un indio pariente inmediato del emperador Moctezuma, que fué el primer gobernador de la parcialidad de San Juan, y á quien el emperador Carlos V concedió un privilegio de armas y el papa Clemente VII hizo caballero de la espuela de S. Pedro. En esta Iglesia administraron los padres de S. Francisco, como ayuda de la parroquia de S. José, única que habia en aquel tiempo, hasta que habiendo crecido la feligresía, la erigió en parroquia el arzobispo D. Alonso Montañar, en virtud de real cédula de Carlos V, y entró en posesion de ella el clero secular.

*Hospital de S. Antonio Abad de México.* Este hospital, destinado para curar y recoger principalmente, á los atacados del mal de S. Lázaro, se fundó el año de 1627.

*El monasterio de religiosas dominicas de Santa María de Gracia de Cuadajajara.* Fué fundado el año de 1588, á solicitud del obispo D. Fr. Domingo Arzola, y á espensas del ilustre caballero Herman Gomez de la Peña, vecino de la ciudad de Compostela; y vinieron de fundadoras tres religiosas del convento de Santa Catalina de Sena de Puebla. En el sitio en que hoy está el convento, habia ántes un colegio de niñas, llamado de S. Juan de la Penitencia, fundado en 1571, por el obispo D. Francisco Gomez de Mendiola. El año de 1594 salieron monjas de Santa María de Gracia á fundar el de Santa Catalina de Valladolid, y en 1722 el de Jesus Maria de México. El convento de Santa María de Gracia es hoy celebre por los esquisitos dulces cubiertos que hacen las monjas, y cuyo espedio forma un ramo considerable de comercio, particularmente en tiempo de la feria de S. Juan de los Lagos.

## ISABEL DE INGLATERRA.

El año treinta y uno del reinado de Enrique VIII, se publicó un estatuto del parlamento que arreglaba la sucesión del trono de Inglaterra. En consecuencia, luego que acaeció la muerte de este monarca en 1547,—Hersford se hizo protector y duque de Somerset, y Eduardo VI fué proclamado rey. Eduardo reinó hasta el año de 1553 en que murió, sucediéndole de pronto Juana Gray, que fué proclamada reina; mas á poco los derechos de Lady Maria fueron reconocidos y en efecto ocupó el trono. Esta es la celebre Maria Tudor que restableció el catolicismo y condujo despues á Juana Gray y á su marido al suplicio. Maria murió á los cinco años, y el de 1558 subió al trono Isabel, hija segunda de Henrique VIII, y de Ana Bolena. Su elevacion fué vista con un regocijo infinito de parte de los protestantes, á la vez que los católicos ó papistas presintieron su ruina y total esterminio. En efecto, uno de los primeros actos de la soberana fué restablecer el culto anglicano, acaso mas bien porque esto le granjaba popularidad que no por las convicciones de su corazon, pues aunque el clero bajo se opuso fuertemente á estas medidas, como multitud de nobles y barones profesaban las nuevas doctrinas, quedaron irrevocablemente establecidas. Arreglado ya este asunto, Isabel se dedicó con una política y un talento admirables á mejorar todos los ramos del estado; y la marina, la milicia y el comercio que habia comenzado sus empresas atrevidas desde el tiempo de la reina Maria, recibieron considerables aumentos. El reinado de Isabel es sin duda uno de los mas gloriosos que ha tenido la Inglaterra, pues se elevó á un grado de esplendor tan grande, que todos los esfuerzos de la España, entonces poderosísima, no bastaron para intimidarla. Isabel, sin duda como muger de talento, de una fina política y de un esquisito tacto para los negocios públicos, es sin duda admirable; mas juzgando su carácter como muger privada, aparece violenta, orgullosa, presumida al extremo, de su hermosura, aun en los dias de su vejez, y obrando siempre mas bien como un tirano con sus enemigos y rivales, que no con el corazon y la alma bondadosa de una reina. La cabeza de Isabel era escelente, el corazon era malo.

Cuando Isabel subió al trono tenia poco mas de veinte y cinco años, y su rostro, si no era lo que puede llamarse hermoso, si tenia un atracti-

vo y un encanto irresistible, que realizaba con el lujo y esplendor de sus adornos y vestidos. Sus ojos no eran muy grandes ni rasgados; pero extremadamente negros y de una viveza extraordinaria; sus carillos mórvidos y frescos, y su sonrisa entre altanera y maliciosa. Añádase á esto un elegante peinado, lleno de perlas y piedras preciosas, un cuello y pecho hermosos, descubiertos enteramente, y una talla verdaderamente de reina, y tendremos una idea de lo que era en los primeros dias de su poder la soberana de Inglaterra, amada hasta la idolatria por los anglicanos, temida por sus enemigos, y respetada hasta cierto grado por los papistas. Su carácter, enérgico y terrible algunas veces como el de su padre, afable y cortésano otras, le habian proporcionado guardar esta posicion en medio de un pueblo tambien altanero y caprichoso, y dividido por los cismas religiosos y por el fanatismo político.

La fama de la belleza y talento de Isabel no se encerraba solamente en las Islas británicas, sino que volaba por los mas poderosos reinos del extranjero. Los monarcas, condes, duques y nobles, se enamoraron perdidamente de la reina Isabel. Felipe II fué el primero que formalmente la pidió en matrimonio por medio de su embajador, el duque de Frias; y nótese esta circunstancia: el rey inquisidor queria por muger á la enemiga del papa y del culto católico. Isabel por estas y otras consideraciones rehusó tal enlace, y envió al monarca español una respuesta evasiva, aunque demasiado política. Isabel se manifestó algo enamorada de Felipe II, pues siempre hablaba de él en términos lisonjeros, é hizo colocar su retrato en su propia recámara.

Carlos de Austria, primo de Felipe II, é hijo de Fernando, emperador de Alemania, fué el segundo novio; jóven, bien parecido y lleno de amabilidad, lisonjeó la vanidad de Isabel; pero la diferencia de religion opuso un obstáculo invencible, y Carlos prescindió de este enlace y se dirigió á Maria Stuard, viuda de Francisco II; mas tambien este enlace se desbarató, sin que se haya encontrado un motivo, ostensible.

Mientras el príncipe austriaco estaba ocupado en enamorar á Isabel, llegó á Inglaterra Juan, duque de Filandia, á solicitar la mano de la reina para su hermano Enrico, rey de Suecia. Casi al mismo tiempo llegó tambien otro novio. Era Adolfo, duque de Holstein, enviado y



ISABEL.

Imprenta de la Real Academia de Ciencias.



protegido por el rey de Dinamarca. Adolfo era de esos tipos encantadores del Norte, de esos hombres perfectos y lindos como el Apolo de Belvedere. Adolfo además, era soldado y conquistador. Isabel se enamoró de él, lo hizo caballero de la Jarretiera y le concedió una pensión vitalicia; sin embargo, no se decidió la reina a casarse; pero sí fué, en concepto de sus contemporáneos, feliz y muy feliz con su amante del Norte.

Si tantos príncipes venían de lejos tierras á enamorar á Isabel, debe pensarse que entre sus propios súbditos contaba innumerables apasionados. El conde de Arran la amaba con delirio, y aun le sacrificaba sus creencias religiosas.

Los condes de Morton, Glercain y Muilan hablaron á Isabel de este matrimonio, á lo que contestó que le agradaba infinito la vida de virginidad que había llevado; que el matrimonio le parecía una carga muy pesada, y que por otra parte quería consagrarse enteramente al cuidado de sus súbditos. Luego que el conde de Arran supo esta negativa, cayó en una melancolía profunda, y á pocos días se volvió loco.

Sir William Pickering con mas talento y mas retentiva que el pobre de Arran, se insinuó en los favores de la reina. Era bien parecido, tenía mucha viveza y gracia para hablar, y estas circunstancias le hicieron el no ser muy desgraciado. Isabel lo olvidó á poco tiempo. A este amante sucedió con menos éxito el conde de Arundel. Si Arran se volvió loco, Arundel dispuso toda su fortuna en saraos y conuites, y trenes, y lujo, y boato, y gastos mil que le redujeron á la pobreza, y ya incapaz de servirle á la reina, ni para sus planes políticos, ni para sus entretenimientos personales, lo despidió de su presencia no solo con frialdad, sino con dureza, según asienta el muy juicioso doctor Lingard.

Todos estos amantes los unos ricos, los otros con una corona en la sien, los unos bellos y jóvenes, los otros poderosos y magníficos, apenas habían dejado una huella en el corazón de la reina. Enrique VIII tuvo seis mugeres, su hija Isabel era mas avara en materias de amor, como se ha podido ver por lo que va referido. Las ilusiones de Isabel se desvanecían pronto, y entonces, alegrándose de no haber contraído un enlace, deseaba un amor; pero de esos amores grandes y verídicos de que tienen necesidad no solo las reinas, sino hasta las pobrecitas zagalas del campo.

Roberto Dudley, hermano del duque de Northumberland, proscrito por conspirador contra la reina María, y aun contra la misma Isabel, se reconcilió con su soberana y con una humildad y una monía sin ejemplo, se inició en su favor. Fué nombrado primeramente caballero mayor,

y de repente, con asombro universal, fué creado caballero de la Jarretiera y conde de Leicester. Dudley era casado con Amy Robsard, á la cual prohibió se presentase en la corte y la confinó á una residencia solitaria en el castillo de Cumnor, donde súbitamente murió de una caída. El público calificó esto de un asesinato. Este suceso dió á Walter-Scott asunto para su preciosa novela titulada el Castillo de Kennilworth, donde con tanta maestría dibuja el carácter de la reina y del favorito, y nos presenta á la pobre Amy, pura, inocente, llena de virtudes, y víctima de un marido ambicioso y de una soberana llena de zelo y de orgullo. Isabel amó apasionadamente á Leicester (1), abandonó la vergüenza y decoro, y vivió con el casí de una manera escandalosa.

Leicester, después de mucho tiempo de prianza, cayó de la gracia de la reina por haber intentado casar al duque de Noxfolk con María Stuard.

El conde de Essex lo reemplazó, y tuvo el fin trágico de que su reina y querida lo enviara al cadalso.

María Stuard tenía derechos al trono de Inglaterra como hija de Margarita Tudor, y tuvo la desgracia de pretender hacerlos valer en Francia. María Stuard era una de esas hermosuras divinas que pueden llamarse muy bien la maravilla de una época; María Stuard además era católica. Estas tres circunstancias le granjearon el odio de su prima Isabel. La reina de Escocia era su rival en poder, en hermosura, y en creencias; así fué que Isabel la persiguió como reina, como muger, y como religiosa. Fué una larga lucha que duró veinte años, y en que salió vencida María, para que se cumpliera tambien en ella la fatalidad que había pesado sobre toda la infeliz raza de los Stuarts. Diez y nueve años tuvo Isabel prisionera á María, conduciéndola de castillo en castillo, vigilándola y poniéndola bajo la tutela de sus mas crueles enemigos; diez y nueve años, en los cuales un momento no cesó de soplar el demonio de la envidia en el corazón de la reina de los ingleses. Cuantas glorias, cuanto esplendor circundó su reinado, no han sido bastantes para borrar esta mancha vergonzosa. ¿Una muger constituirse en verdugo de otra? ¿Una reina poderosa martirizar durante diez y nueve años á una reina desgraciada? Esto no tiene ni tendrá ejemplo en la historia. María Stuard cometió en verdad sus faltas; pero estas quedaron purificadas con su largo y

(1) María Stuard, refiriéndose á lo que le decía Lady Shrewsbury escribió á Isabel "qu'un an quel elle disoit que vous aviez fait promesse de mariage devant une dame de votre chambre avoit conseillé infames foyes avecques vous avec toute la licence et piraulte qui se peut user entre mari et femme. [Lingard, hist. de Ingl.]